

Ernesto Hernández Busto

Inventario de saldos

Apuntes sobre literatura cubana

COLECCIÓN LITERATURA

 **EDITORIAL**
Colibrí

ÍNDICE

A MANERA DE INTRODUCCIÓN.....	11
PRIMERA PARTE: CACERÍAS SECRETAS.....	21
<i>José Martí o la República modernista</i>	23
<i>Balance de Casal</i>	31
<i>Lezama: la letra y el espíritu</i>	39
<i>Una tragedia en el trópico</i>	47
<i>Hotel Vedado</i>	55
<i>Carpentier o el lugar del clásico</i>	73
SEGUNDA PARTE: PASANDO LISTA.....	81
<i>Prolegómenos a una lista</i>	83
<i>La lista</i>	90
<i>Glosas</i>	93
TERCERA PARTE: DE LA VIDA DAÑADA.....	131
<i>Entre difuntos</i>	133
<i>Epístola moral a un revolucionario zen</i>	145
<i>Recuerdos (cubanos) de una vida dañada</i>	155
ANEXO. RAZA, CANON, TRADICIÓN: UNA POLÉMICA.....	163
NOTAS BIBLIOGRÁFICAS.....	181

A MANERA DE INTRODUCCIÓN

Algo hay de excéntrico en el hecho de reunir unos textos escritos por dos motivos aparentemente contradictorios: la voluntad de estilo y la necesidad de ganar dinero. Los críticos no suelen confesar que sus mejores opiniones encubren a veces un apuro económico. Pero yo comparto aquella preocupación de Cyril Connolly, que en la introducción a *Enemigos de la promesa* se preguntaba cómo durar diez años, no sólo en la memoria de los letrados sino también con algo más de lo suficiente para vivir. Así que la ruda antítesis mencionada al comienzo podría desdibujarse gracias a algunas circunstancias atenuantes, típicas de la biografía del reseñista adolescente. La principal: que ganarse la vida hablando del estilo ajeno puede ayudarnos a mejorar el propio.

Estas páginas representan también el pago de una deuda. Decidí juntarlas cuando, tras doce años de ausencia, me di cuenta que ya no volvería a vivir en Cuba. *Quid pro quo*. La patria de los sentidos y de la memoria afectiva ha sido sustituida por un país imaginario. Ahora, para tener una patria («mi tipo de patria» —dice Peter Handke), tengo que escribirla, tengo que inventármela. Con este libro de asuntos cubanos procuro, entonces, hacer inventario en la doble acepción de la palabra: catalogar, registrar o compilar una tradición (o lo que de ella queda), y recrearla (re-inventarla) desde una perspectiva literaria.

Todo este tiempo «fuera» me ha procurado, al mismo tiempo, un mal-sano interés y una sana distancia. La lectura que se hace desde la «otra orilla» no está a salvo de prejuicios, pero al menos impone una cierta mesura. Durante muchos años hemos creído que nuestra literatura era tan excepcional como las rocambolescas circunstancias del país. Incluso cuando nos ponemos melancólicos y hacemos la lista de faltantes, los cubanos desembocamos en lo trascendental. Recuérdese, por ejemplo, aquel apunte de José Lezama Lima en sus diarios: «Lo que nos hace falta es gravedad esencial, medianoche con Dios, orgullo que desprecia lo insignificante social. Gravedad, orgullo, Dios; nos parece que es bastante lo que nos falta».

A un joven José Rodríguez Feo, que en tono compungido le confiesa que las divinidades tutelares de su país son «la Sexualidad y la Política», Wallace Stevens le recordaba, por carta, que «la realidad es el trampolín desde donde saltamos en pos de lo que no tenemos». Pero el delicado equilibrio entre el material de que está hecha una realidad y nuestra capacidad de usarlo, subtexto de cualquier biografía intelectual, ya se ha roto; al menos en mi caso. Cuba ha vuelto a darle la razón a unos versos de Stevens: ya no es la isla nocturna de aquella inquietante pregunta («*Is the lunar Havana the Cuba of the self?*»), sino el antiguo casino en decadencia donde unos cisnes hunden sus picos en una fuente llena de hojas secas. En su *Academic Discourse at Havana*, Stevens olfatea nuestra ansiedad del mito a partir de dos pilares carcomidos: la fundación pospuesta («*this urgent, competent, serener myth! Passed like a circus*») y el político que ha decidido condenar «a la imaginación como el pecado aciago». El resultado, dicho crudamente, no es otro que «una farsa de maní/ para gente de maní».

En la cultura cubana de la primera mitad del siglo XX abundan los testimonios de ese malestar provocado por la ausencia de mitos fundadores. Rafael Rojas nos recuerda que todos los grandes intelectuales de la República, Enrique José Varona, Fernando Ortiz, Jorge Mañach, José Lezama Lima... dudaron de la madurez espiritual de la isla y de su capacidad para convertirse en una nación realmente moderna. Sus notables y constantes intervenciones cívicas están acompañadas muchas veces de un permanente sentimiento de zozobra y escepticismo, que los llevó a concebir la escritura como una restitución de la mitología ausente, la compensación mitopoética de nuestra ingravidez como nación.

Es evidente que la Revolución de 1959 realizó, en sentido hegeliano, toda esta vocación de nihilismo y malestar histórico. Durante una década, al menos, los cubanos vivimos con una eufórica sensación de destino renovado, de redención posible. Pero el fracaso de la posibilidad revolucionaria nos coloca hoy frente a un escenario simbólico muy semejante al de los años 30 del siglo pasado: junto con la depauperación política y económica del país, han regresado el desasosiego y la incredulidad. Volvemos a oscilar entre el *horror vacui* y la tentación de la *tabula rasa*.

Por ese motivo, y no sin cierta sorna, he titulado este libro con un formulismo económico. Las razones por las que una entidad decide hacer un inventario de saldos son, según reza un oscuro manual de contabilidad, «presentación de nuevos productos, cambio en la demanda de los clientes, efectos de la competencia y cancelación de pedidos». De manera semejante, creo que la literatura cubana invita hoy a reformular las condiciones de

su atención crítica. Primero, toca saber lo que nos ha quedado. Después, habría que ver cómo sacarle provecho a las rebajas.

II

Presidida por una cita de Lezama que es casi una paráfrasis de Valéry, la primera sección de este libro agrupa varios ejercicios críticos sobre figuras cardinales de nuestra literatura. El autor del exergo no está escogido al azar: el canon literario cubano, e incluso la posibilidad misma de una lectura canónica, no serían posibles sin la escritura de Lezama. Si aún se le escatima este lugar central en nuestra historia literaria es porque su aventura fundadora suele ser vista bajo el prisma de lecturas equívocas.

Lezama es el gran ejemplo de nuestra ansiedad del mito, y de su doble estrategia simbólica: el reconocimiento del origen y la búsqueda de un destino, del *telos* cubano. Desde su *Coloquio con Juan Ramón Jiménez*, donde el esfuerzo por fijar una identidad a partir de presupuestos sociológicos es descrito como «un sujeto disociado [que] intenta apoderarse de un objeto ambiguo», hasta el motivo de la llave perdida, que irrumpe en una de sus últimas cartas a Julián Orbón, la tarea de Lezama consistió en afianzar los pilares mitopoéticos de un país «frustrado en lo esencial político». Y sin embargo, ese anhelo de futuridad es lo que conecta su teleología con el actual nacionalismo autoritario, que intenta insuflar nuevos contenidos a una utopía agonizante. Los admiradores de Lezama nos encontramos así ante la paradoja del ídolo escamoteado. Hubiéramos querido que siguiera siendo un autor de culto, de la misma manera que preferíamos sus primeras ediciones, escondidas en una librería de lance, a los tomos editados después de la Revolución. Su presencia latente y azarosa era más interesante que la condición de apóstol nacionalista. Pero la realidad es otra, y de poco sirve lamentarse de aquello que lleva escrito su fecha de caducidad.

Pertenezco a una generación para la que Lezama fue la puerta de entrada en la literatura. Ahora que se lo usa como monigote del nacionalismo revolucionario, no está de más recordar que su «utopía de la encarnación histórica» tenía menos que ver con el «Estado protoplasmático» que defiende Cintio Vitier que con el proceso literario de la llamada «generación de los 80». No fue el Estado sino un estado, una nueva generación de escritores, la que reencontró un sentido para Lezama y *Orígenes* dentro de la tradición literaria cubana. Después de muchos años de silencio, ese grupo de poetas consiguió redescubrir a Lezama en un medio tan hostil como aquella República de los *origenistas*. Su ejemplo sirvió para recordarnos todo aquello de lo que carecía el aspirante a escritor en Cuba: a través de

Lezama sentíamos la «necesidad fanática» de hacer revistas, de defender las altisonantes sonoridades del hermetismo, de constituir «un estado organizado contra el tiempo». Por una curiosa paradoja, imitarlo era la única forma de ser originales, en un país y en una época donde el simple hecho de querer ser escritor bastaba para ser visto con desconfianza.

Cierta crítica académica ha insistido en el vanguardismo de *Orígenes*; Vitier ha rehusado este enfoque tomando distancia «de las superficiales cabriolas del efímero y desvaído vanguardismo cubano». Pero aunque no pueda hablarse de una poética propiamente vanguardista, sí hay en los *origenistas* un intento paralelo por superar la dicotomía entre poesía e historia, entre vida y literatura.

Lezama pone este esfuerzo bajo la advocación del *potens*: «lo imposible, al actuar sobre lo posible, engendra un *potens*, que es lo posible en la infinidad». El *potens* es también el pontífice, el creador de puentes, la encarnación simbólica del poder de la metáfora, de la causalidad que actúa sobre lo incondicionado. El sistema poético de Lezama abre así la posibilidad de una lectura semignóstica de la historia: nuestro mesías, el parteaguas que divide la historia en un eón presente y otro futuro, sería José Martí. La imagen de Martí vendría a resolver el malestar de la cultura cubana al engendrar, por vía poética y bajo el signo de la futuridad, aquello que en Cuba parecía imposible: una tradición. El esfuerzo lezamiano de interpretación metafórica de nuestra historia es de una originalidad crítica deslumbrante. Pero cualquier lector moderno sabe que ese trascendentalismo, que convierte al poeta en mesías y hace de la poesía la «sustancia de la patria», sólo necesita un poco de tiempo para extraviarse en una mala política.

Los afanes políticos de *Orígenes* también se malversaron muchas veces en una filosofía de la pobreza. En cierto elogio lezamiano de la Revolución de los humildes («entre las mejores cosas de la Revolución cubana [...] está el haber traído de nuevo el espíritu de la pobreza irradiante, del pobre sobreabundante por los dones del espíritu»), en los «Sonetos de la pobreza», de Fina García Marruz, en una *Dama Pobreza* con la que Vitier alude a San Francisco, se oyen los ecos de eso que Emmanuel Lévinas ha llamado «una metafísica de la privación». Convertido en justificación de todas las carencias que arrastró (y arrastra) un proceso revolucionario, este elogio del ascetismo obligatorio ocupó para una generación de escritores católicos el lugar de una verdadera práctica religiosa (prohibida o censurada). Hoy encaja a la perfección con la fase depauperada de la ilusión revolucionaria.

Se trataría, entonces, de sacar a Lezama del debate sobre la legitimidad política y devolverlo a un espacio literario, e incluso biográfico, aunque